

de la integración de los inmigrantes en Europa, la vehemencia de la polémica desatada por la aparición de este libro, en ciertos círculos intelectuales, está vinculada a la pretensión de cientificidad y conocedor de la causa en la que se sitúa la figura del autor

pensador al publicar, con escaso rigor argumentativo, unos pensamientos ya recurrentes en ámbitos más profanos.

*Kátia Lurbe i Puerto*

Universitat Autònoma de Barcelona

BAERT, Patrick

*La teoría social en el siglo XX*

Madrid: Alianza, 2001 (e.o. 1998), 272 p.

Raras son las ocasiones en que podemos disfrutar de un libro que sea profundo, crítico y original, al tiempo que constituya un texto básico o recomendable para estudiantes de licenciatura, huyendo del tedioso formato del manual o del más fragmentario e irregular de la recopilación de artículos de diferentes autores. Éste es, sin embargo, el caso del libro que nos ocupa: Patrick Baert ha conseguido, en efecto, pertrechar a los lectores con un texto a la vez riguroso, claro y sintético sobre la teoría social del siglo que acabamos de dejar atrás.

Riguroso, porque Baert no se refugia en vaguedades ni usos retóricos e imprecisos del lenguaje, que tanto tenemos que sufrir en estos tiempos los que gustamos de la teoría social, y porque su argumentación crítica es a un tiempo impecable e implacable, porque consigue sin aparente esfuerzo que las teorías más complicadas y abstractas resulten perfectamente comprensibles: ante un libro como éste, ya no valen excusas del tipo «este autor no se entiende» o «esta teoría no dice nada». Y sintético, porque resulta asombroso que un análisis de tanta calidad como el que hace el autor de las principales corrientes de teoría social del siglo XX pueda caber en cantidad tan relativamente pequeña de páginas (unas 250), si la comparamos con la de otros textos de similar intención mucho más confusos y superficiales.

Conocíamos ya a Baert por la publicación, en 1992, de la que había sido su tesis doctoral: *Time, Self and Social Being* (Aldershot: Avebury), un interesante intento de fundamentación de una «sociología temporalizada» a partir de una reinterpretación de las aportaciones de George Herbert Mead. Ya en este libro asomaba la promesa de futuros desarrollos y originales ideas que, aun sin tomar una forma sistemática, continúan elaborándose en el texto que comentamos. Pues, en efecto, no se trata de una obra meramente exegética: ocurre más bien que Baert, al tiempo que analiza diferentes autores y escuelas, deja entrever algunas concepciones teóricas propias. Tanto la introducción como las conclusiones del libro son buena muestra de ello. En la primera, el autor defiende una determinada concepción de la teoría social como disciplina abstracta, generalista y con sentido propio, que no todos los científicos sociales aceptarían de buen grado (abogados, como están muchos de ellos, a ver en la teoría social un mero «libro de recetas» cuya única finalidad es la de servir instrumentalmente a la «investigación aplicada»). Pero además, quiere Baert huir —y lo consigue— de tres tipos de falacias muy corrientes en las discusiones teóricas en sociología:

a) La primera es la *falacia del perspectivismo*, según la cual cada teoría ve la realidad «desde su perspectiva», y no existirían, por tanto, patrones para la com-

paración y evaluación de teorías rivales; todo el libro de Baert es, sin embargo, una magnífica prueba de lo contrario: nos muestra que hay aspectos mutuamente incompatibles entre teorías distintas; hay otros puntos comunes que no presentan más que problemas de «traducción»; hay contradicciones internas, tensiones irresueltas, algunos argumentos sencillamente impecables y otros simplemente chapuceros; en definitiva, no sólo es posible evaluar y comparar las teorías sociales, sino que resulta de lo más necesario y aleccionador.

b) La segunda es la *falacia del externalismo*, consistente en plantear descalificaciones globales «desde fuera» de las propias teorías que se analizan (otra lamentable y extendida práctica que en el peor de los casos puede encubrir buenas dosis de ignorancia culpable o de pereza intelectual). Baert nos muestra cómo suele ser más eficaz y fructífero, aunque requiera mayor esfuerzo de comprensión y más trabajo, el hacer críticas internas, que además permiten avanzar y plantear problemas nuevos y significativos. Una frecuente variante de esta falacia es la de criticar al teórico por no hacer lo que no pretendía hacer; suele tomar la siguiente forma: 1) Fulano dice A; 2) B es cierto; 3) Fulano no dice B; 4) luego A es falso (o, como mínimo, irrelevante). Baert se niega con razón a utilizar esta estrategia retórica tan habitual, con el obvio argumento de que nadie lo puede decir todo. De hecho, la misma línea de crítica —si es que se la puede llamar así— podría aplicarse a cualquier libro, incluido el de Baert, donde se pueden detectar algunas ausencias (la más clamorosa es sin duda la del marxismo en sus diferentes derivaciones y escuelas), que no por ello rebajan la calidad de la obra.

c) La tercera es la *falacia política*, a saber, la descalificación de teorías basada en sus supuestas implicaciones o utilidades ético-políticas (como ha ocurrido hasta la saciedad, por ejemplo, con el fun-

cionalismo, las teorías de la elección racional o las teorías biológicas); se trata de otro signo de pereza intelectual que exime de tratar con detalle los argumentos en juego; claro que siempre hay posibles aplicaciones y consecuencias políticas en las teorías, y que a veces pueden ser poco estimulantes, pero eso no autoriza a la confusión conceptual ni a la argumentación *ad hominem* (y además, si tal lógica de razonamiento se aplicase en general, aviaados estaríamos).

Partiendo de esta estimulante declaración de principios, el contenido del libro va pasando revista a los autores y a las corrientes más influyentes de la teoría social contemporánea: desde el estructuralismo y el funcionalismo —con sus derivaciones actuales en las obras de Bourdieu o de Luhmann—, pasando por el interaccionismo simbólico y la etnometodología, hasta llegar a autores como Giddens, Foucault, Habermas o los teóricos de la elección racional y los juegos de estrategia. El tratamiento es a la vez expositivo y crítico: Baert nos sitúa primero en el contexto y la personalidad de cada autor o escuela y nos indica sus influencias teóricas, para exponer después de forma brillante y fidedigna las principales ideas en juego, y acabar con una evaluación crítica que identifica de forma harto certera los puntos fuertes y débiles de cada uno de ellos. No me extenderé aquí en la consideración de cada capítulo, pues no es menester sustituir la lectura del propio texto, pero baste apuntar que el discurso de Baert tiene atractivos añadidos al mero resumen: rebate lugares comunes tan tradicionales como discutibles, aboga por recuperar las fuentes primarias (algo esencial en autores como Mead, por ejemplo), presenta giros interpretativos que sitúan bajo una luz nueva a algunos autores (es el caso de Foucault), deja entrever la vaguedad y/o banalidad de algunas afirmaciones (vean si no el capítulo dedicado a Giddens) o sugiere pistas para futuros desarrollos y lecturas.

A todo ello hay que añadir un último capítulo, dedicado a las filosofías de la ciencia (incluido el «realismo crítico» de autores como Roy Bhaskar, tan desconocido en nuestro país), que no por poco habitual resulta menos relevante para el resto de la argumentación del libro, hasta el punto de que bien hará el lector avezado en leerlo en primer lugar (dado que, de hecho, cualquier capítulo es susceptible de lectura independiente).

No ocultemos, sin embargo, alguna irregularidad: los tratamientos de Habermas y de Luhmann, por ejemplo, resultan de lo más flojo del libro; el autor no aparece aquí con la soltura en el manejo de fuentes y la habilidad conceptual que despliega en el resto de su obra. Más acertada, aunque demasiado breve, es la sección dedicada a Bourdieu. El resto de los capítulos y secciones resulta excelente, aunque con alguna afirmación discutible en el caso de Foucault (como la adscripción del segundo y tercer volúmenes de la *Historia de la sexualidad* a la genealogía, cuando constituyen una etapa diferente en su evolución teórica). La bibliografía, comentada y dividida por capítulos, es también excelente (aunque en muchos casos no se indican las ediciones en castellano, y hay un error —cabe pensar que tipográfico— de bulto: el ensayo «Funciones manifiestas y latentes» se atribuye, en la página 82, a Parsons en vez de a Merton). En cuanto a la traducción, resulta en general bastante correcta, siendo únicamente discutible la de ciertos términos (el *self* de Mead, por ejemplo, sigue su peripécia caótica de versiones en castellano: en esta ocasión se vierte como «sujeto», lo que se añade a otras traducciones previas como «persona» o «sí-mismo», probablemente la más afortunada puestos a traducir; asimismo, la *agency* de Giddens unas veces se traduce como «agencia» y otras como «acción»).

Al llegar a las conclusiones, debería ser ya evidente para cualquiera que Baert no se ha «casado» con nadie: los apartados

críticos de cada capítulo, probablemente lo mejor del libro, dan buena fe de ello. Pero aún nos reserva el autor una última carta: las consideraciones que enumera en el último epígrafe son el esbozo de un «programa de futuro», y constituyen sin lugar a dudas una prometedora base para vislumbrar las vías por las que habrá de transitar la teoría social del siglo XXI. He aquí algunas de tales sugerencias:

a) Los individuos que estudian los teóricos no están «encerrados» en el conocimiento tácito del «sentido común», sino que pueden ser autorreflexivos, desarrollar conciencia teórica, e incluso ser fuente de inspiración permanente para el científico social; «la teoría social», afirma Baert, «tendría que tomarse en serio el simple hecho de que los individuos son capaces de reflexionar sobre sus circunstancias y que pueden actuar en función de ese conocimiento» (p. 243); más aún: «lo característico de las condiciones de la alta modernidad es precisamente la tendencia de las personas a no dar las cosas por hechas y a reflexionar de forma regular sobre reglas y presupuestos antes tácitos» (p. 247). El autor nos previene así contra teóricos que, como Bourdieu, han tendido a veces a atribuir esta capacidad al científico social pero no a los «legos». La pregunta clave es, entonces, «¿en qué condiciones puede surgir la autorreflexión de segundo orden?» (p. 248).

b) En relación con lo anterior, Baert cree —y no le faltan argumentos— que la teoría social del siglo XX, incluso la pretendidamente «crítica», ha estado dominada por una «tendencia conservadora» a preocuparse fundamentalmente por cómo surge, se mantiene y se reproduce el orden social (ya sea como orden sistémico, estructural, de dominación, tácito o cotidiano, simbólico o significativo). ¿No cabría desarrollar una teoría social diferente, que se preocupase de cómo y en qué condiciones los individuos cambian y cuestionan el orden social, en vez de reproducirlo?

c) La comprobación empírica no es el único árbitro para la valoración de teorías, y sugiere Baert que a menudo no es ni siquiera el principal (algo que, por otro lado, ya demostró lógicamente Quine en los años cincuenta, aunque desde entonces muy pocos se han dado por aludidos en la práctica).

d) La teoría social pide a gritos un esfuerzo de precisión lógica y un mayor grado de unificación de vocabulario y conceptos. Baert considera a las teorías de la elección racional como un intento encomiable en este sentido (aunque criticable por otras razones), frente a pretendidas síntesis que se pagan al precio de la vaguedad y la imprecisión, cuando no al de priorizar el efecto retórico frente a la claridad, el orden y la consistencia de los argumentos. Hay que abandonar el ensayismo a-sistemático, la retórica, los juegos del lenguaje, la grandilocuencia y, si cabe, las aspiraciones literarias, para tomarse en serio de una vez las exigencias formales de la lógica y del discurso teórico: «no se puede estar al plato y a las tajadas» (p. 236), dice Baert, probablemente pensando en autores como Bourdieu, los posmodernos o los foucaultianos, pero también, aunque en menor grado, en algunas partes de la obra de Giddens o Habermas.

e) La teoría social debe perder el miedo a ser «invadida» si se abre a aportaciones y avances actuales procedentes de la eco-

nomía, la biología evolucionaria, la física o las ciencias cognitivas. El purismo corporativista que lleva a defender una supuesta «autonomía» y «especificidad» de «lo social», como ciudadela sitiada cuya pretendida «pureza» hay que proteger de la «contaminación» externa, resulta para Baert absurdo y contraproducente a estas alturas. Buscar analogías y herramientas conceptuales en otras disciplinas y difuminar las fronteras con las mismas no implica verse reducido a ellas, ni asumir todas sus implicaciones.

En definitiva, todo indica que Baert apuesta por una profunda renovación de la teoría social, que no vacile en abandonar marcos teóricos tradicionales o libros de cabecera ya superados, por muchos vínculos inerciales o afectivos que podamos tener con ellos (pues sería irónico que fueran los teóricos sociales los que menos aplicasen la «reflexividad de segundo orden»). Cabe certificar, entonces, que debemos seguirle la pista al autor y esperar futuros desarrollos de las ideas que aquí aparecen simplemente apuntadas. Pero, aun sin esta sucinta apuesta final, el libro de Baert es una obra necesaria, que debería estar, con el lomo y las páginas desgastadas, en la estantería de cualquier estudiante o profesor de teoría social.

José Antonio Noguera

Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament de Sociologia

BLANCO, Cristina

*Las migraciones contemporáneas*

Madrid: Alianza Editonal, 2000

El acelerado crecimiento económico de España ha llegado a la etapa en que necesita importar mano de obra no cualificada, y nuestra modernizada sociedad se enfrenta ahora a las múltiples transformaciones y desafíos que supone la presencia creciente de extranjeros no comunitarios.

Ya desde finales de los ochenta, algunos investigadores sociales señalaron la trascendencia de los cambios que se avecinaban. Pocos años después, paralelamente a la creciente preocupación política, mediática y social, el auge de investigaciones sobre el fenómeno migratorio nos